

29 de Septiembre, una huelga inevitablemente necesaria

El próximo día 29 habrá huelga general. Es un hecho inevitable. Más allá del éxito o el fracaso de la misma, su necesidad es incontrovertible.

Esa rotunda afirmación puede no ser entendida por mucha gente. De hecho las previsiones no son precisamente halagüeñas en cuanto a la participación en la misma. Pero su necesidad debe entenderse, no desde una perspectiva del posible seguimiento, si no del conflicto existente en nuestra sociedad desde la década de los 90 y que inevitablemente se prolongará en el futuro.

El que la mayoría de la gente no tenga clara su postura es la consecuencia directa de la responsabilidad de varios agentes sociales, de la cada vez mayor incultura y falta de capacidad para el razonamiento lógico, la manipulación mediática y el engaño sistemático llevado a cabo por los políticos de turno.

Para empezar debemos tener en cuenta que desde el rearme neoliberal, se han ido erosionando los derechos laborales y sociales de forma sistemática. Se ha vendido la falacia de la "eficacia" de la empresa privada frente a la pública, las "maravillas" del mercado. Todo falso. El único objetivo real es el enriquecimiento cada vez mayor de una minoría y el empobrecimiento, también cada vez mayor, de la mayoría.

En este orden de cosas, la crisis, creada por el propio sistema liberal, sirve de excusa para dismantelar el sistema social. No solo se trata de eliminar las garantías sociales (jubilación, sanidad, etc.), si no también de eliminar la defensa legal de los trabajadores para que estos no puedan oponerse a la voluntad del empresario. En definitiva, volver a la situación de semiesclavitud del siglo XIX.

Ante esta situación ¿Por qué no se da una respuesta mayoritaria de oposición? ¿Por qué la huelga prevista para el día 29 no tiene el respaldo que debería?

La explicación pasa por entender el papel que han jugado tanto los sindicatos mayoritarios como los partidos políticos.

Las organizaciones sindicales de mayor peso han sido reacias a convocar acciones enérgicas. No ya huelgas generales, ni siquiera una movilización en la calle que presionara tanto a políticos como al gran empresariado. No solo no han potenciado la oposición a las políticas antisociales, si no que han sido proclives a pactos, como la

congelación salarial de funcionarios, que les han desautorizado y desacreditado ante los propios trabajadores. Su vinculación a las subvenciones, su dependencia de las fuentes oficiales de recursos económicos para mantener el aparato de la organización, ha pasado una terrible factura, con una falta de independencia real a la hora de tomar decisiones que implicaran morder la mano de quien les alimenta.

Si hace ya más de dos años que existen motivos sobrados para la convocatoria de una huelga general, en este último año la degeneración política ha sido tan evidente que al final no cabía otra salida que su convocatoria. Pero para que esta tuviera un mínimo de credibilidad tendría que haber sido convocada, lo más tarde, cuando dichos sindicatos estaban aun sentados en la mesa que negociaba la reforma.

No fue así, y hoy pagamos las consecuencias con la desmovilización generalizada que se observa. La afirmación de que no era el momento (en junio) es, simplemente, una tontería. Si era el momento de convocarla, y llevarla a cabo, salvo que el gobierno hubiera retirado su proyecto (que todo es posible y se habría saldado con una desconvocatoria en última instancia). No convocarla fue una demostración de debilidad, o peor aun, de una posible aceptación de las reformas por parte de las organizaciones mayoritarias. Ello dio alas al gobierno que sacó una ley que, probablemente ha sorprendido a los propios empresarios, que difícilmente creían poder obtener una modificación legal tan a su gusto.

Otro factor a tener en cuenta es el nivel de desconocimiento real de la inmensa mayoría de la gente. Muchos dan por hecho que ciertos derechos están ahí como algo natural y son incuestionables. Ese desconocimiento de la realidad, de la evolución de la sociedad a lo largo de los tiempos, genera una falsa seguridad, una confianza de que "no puede ser tan malo". Los derechos del pueblo siempre se han conseguido como consecuencia de luchar por ellos. Nada se regala, y lo que en un momento dado se ha conseguido, en otro se puede perder. Tampoco es extraño a la pasividad imperante, la manipulación mediática a que ha sido sometida esta sociedad, fomentando el individualismo extremo y la auto-responsabilidad de todas las circunstancias personales. El triunfo o el fracaso del individuo le es atribuido íntegramente, sin valorar el injusto sistema económico y social en que nos desenvolvemos.

Pero todo ello no sería suficiente sin la colaboración de los políticos profesionales. En realidad profesionales del engaño. En sus discursos encaminados a conseguir el voto de los electores, exponen un modelo hipotético de gestión encaminada a garantizar la cobertura de las necesidades del conjunto de la sociedad. En la práctica, las medidas

tomadas únicamente tienen en cuenta los intereses de la clase dominante. Discurso y hechos están totalmente divorciados.

Aunque me centro en los dos partidos mayoritarios, no hemos de olvidar a las pequeñas formaciones, que también tienen su responsabilidad. Y en ocasiones dejan traslucir sus verdaderas intenciones. Así cuando Duran i Lleida le dice a Zapatero que "*realice los deberes que le piden desde fuera*", lo que le está indicando, este señor, al gobierno español es que debe obedecer las ordenes del Sr. Trichet (Banco Central Europeo), el Sr. Strauss-Kahn (Fondo Monetario Internacional) y el Sr. Fernández Ordóñez (Banco de España), ninguno de ellos elegido democráticamente y todos al servicio de los intereses del gran capital. En otras palabras el Sr. Duran i Lleida se pasa por el forro la democracia.

Pero no es el único. El PSOE, como buen partido socialdemócrata y siguiendo la tradición histórica de tales formaciones, se convierte en el encargado de hacer el trabajo sucio para la derecha y el capital. Es lógico que la sociedad esté desorientada. Si quienes se definen de izquierdas, socialistas, y como defensores de las clases más desprotegidas, son quienes nos dan la puñalada por la espalda, ¿Qué referencia puede servir de guía?

También debemos valorar un colectivo cuya implicación en el necesario movimiento de protesta provocaría un cambio radical de la situación actual. Me refiero, y eso causará asombro inicial, al pequeño y mediano empresario. Sí, autónomos, empresas familiares, pequeñas y medianas empresas, en realidad, y en un análisis objetivo, tienen más puntos en común con los trabajadores que elementos les puedan separar. Históricamente han sido rehenes ideológicos del gran capital. Este no se ha cansado de lanzarles el mensaje de una supuesta convergencia de intereses. Y ellos, desgraciadamente de forma mayoritaria, se lo han creído. Pero la realidad es muy otra. Desde un punto de vista económico, el mercado en que esas empresas ejercen su actividad es local, y por tanto dependen de la capacidad económica de los trabajadores en una alta proporción. Ellos no pueden aspirar a trasladar su actividad a otros lejanos mercados como las grandes empresas. Por ello si la clase media se empobrece, ellos también. Su suerte está unida al colectivo de los trabajadores y por ello deberían ser conscientes de la necesidad de aunar posturas y esfuerzos. Pero la capacidad de engaño del gran capital es muy elevada y los pequeños y medianos empresarios no se dan cuenta de que están cavando su propia fosa.

Tal como están las cosas, lo único que cabe esperar para las futuras elecciones es el triunfo de la derecha en medio de un absentismo extremo ¿Para qué votar si, sea cual sea el resultado, las políticas siempre favorecen a los mismos?

El peligro, que ya se perfila en el horizonte, es el resurgimiento de los movimientos fascistas y nazis. Las masas, desesperadas e impotentes ante la permanente agresión del capital, serán fácil presa de los discursos maniqueos y manipuladores de tales grupos.

Por eso esta huelga, pese a quien pese, es necesaria. Y también una posterior acumulación de fuerzas, que se manifieste en la calle. Porque es el único camino para parar el desastre.